

Augusto Varas. **LOS MILITARES EN EL PODER. REGIMEN Y GOBIERNO EN CHILE, 1973-1986.** Pehuén Editores, Santiago, 1987.

Ultimamente han sido editadas en nuestro país varias obras cuyo objetivo es el análisis de la situación política chilena actual. Esta, a mi juicio, tiene dos características que han despertado la curiosidad e interés de los científicos sociales: la toma del poder formal por las Fuerzas Armadas, a través de una acción de fuerza, y el liderazgo de todo el proceso por una misma persona, esto es, el General Augusto Pinochet, quien, en calidad de Presidente de la República, ha permanecido como titular del cargo por el período más largo de toda la historia de Chile independiente. Por otra parte, con anterioridad a septiembre de 1973, el General Pinochet no tuvo figuraciones públicas ni mostró otras actitudes que pudieran hacer prever una situación como la descrita. Menos aún podría haberse previsto la importancia que ya tiene en la historia de Chile del siglo XX.

El desarrollo político chileno, a partir de 1973, o quizás antes, ha tomado un derrotero que no fue siquiera imaginado por los políticos profesionales ni por los analistas políticos. En realidad, todos ellos fueron sorprendidos y sobrepasados por los acontecimientos, extendiéndose tal situación al público en general.

Sin embargo, los procesos sociales, aun los inesperados, tienen causas y antecedentes cuya dilucidación corresponde a los especialistas. Aun cuando hay elementos azarosos, como diría Blondel, los cuales dificultan la capacidad de predicción de las ciencias sociales, éstas tienen instrumentos, todavía no muy sofisticados, que permiten, a lo menos a posteriori, explicar las causas de los procesos y buscar respuestas a la eterna pregunta: ¿por qué ha sucedido lo que sucedió?

Augusto Varas es uno de los especialistas que ha sido tocado por el interés que la situación chilena ha suscitado, y la obra que encomento es uno de sus esfuerzos en tal sentido.

El libro consta de diez capítulos: el primero contiene una descripción de la inserción de las Fuerzas Armadas en la sociedad chilena y cómo aquéllas enfrentaron y asumieron los cambios que ésta ha experimentado durante este siglo.

Al respecto, el autor afirma que la aparición de nuevos actores sociales, las tensiones producidas y la consecuencial reasignación de recursos fiscales, producto de la presión ejercida por estos nuevos actores, tuvieron "un efecto negativo al interior de los cuarteles" (p. 22). El autor sostiene que estos hechos produjeron "una creciente preocupación por la disciplina social, las nuevas funciones políticas de las Fuer-

zas Armadas, las consecuencias y alternativas para las Fuerzas Armadas del desarrollo económico del país”, los cuales produjeron discusiones en los cuarteles que contienen “los elementos claves que explicarán las transformaciones de las inquietudes castrenses”.

Dichas actitudes “evolucionaron desde una posición **constitucionalista formal** —defensa del orden constitucional— hacia una posición institucionalista —defensa de los intereses institucionales—, que durante el gobierno de la Unidad Popular se transformaría en abiertamente **intervencionista**, identificando los intereses institucionales con los de clases y sectores sociales en vías de insurrección” (todas las citas de la p. 22). Seguidamente, el autor afirma que en este período se desarrollan aspectos de lo que después se denominará **seguridad nacional**, lo cual “daría por terminado el proceso de emergencia de las Fuerzas Armadas como actor político, en la medida que le entrega nociones básicas para autoconcebirse como tal, así como las orientaciones centrales para un eventual control del Poder Ejecutivo” (p. 23).

A propósito de lo anterior, me parece necesario recordar que las Fuerzas Armadas son siempre actores políticos cuyas características y funciones varían según el sistema social de que se trate y, precisamente, el olvido de tan simple hecho por quienes tomaban las decisiones antes de 1973, así como por los especialistas, determinó los errores de análisis y de diagnóstico respecto de la situación de los militares en dicho lapso.

En el capítulo segundo, el autor se refiere a los cambios experimentados por las Fuerzas Armadas después de septiembre de 1973, como consecuencia del ejercicio del poder formal. Partiendo de una independencia entre las cuatro ramas castrenses, describe lo que define como un proceso de hegemonización institucional a partir de la tradicional primacía del Ejército, reflejada en 1974 con la dictación del Estatuto de la Junta de Gobierno y la unificación de la dirección de todos los cuerpos armados en el Ministerio de Defensa. Este proceso produjo lo que el autor llama la corporativización, la cual explica como distanciamiento y segregación de las Fuerzas Armadas de la sociedad y el Estado, la formulación de su propia doctrina, la generación de intereses institucionales propios y diferentes del resto del país y el planteamiento como actores políticos estables y diferenciados del resto del sistema de partidos (nota 9, p. 46). Este proceso se unió a la consolidación del mando institucional (la dirección del Ejército y su alto mando) sobre el conjunto de las instituciones armadas. Esta consolidación es atribuida por el autor al “tratamiento económico intensivo de 1975 y la recesión que le siguió durante 1975 y 1976”, concluyendo que las Fuerzas Armadas en cuanto instituciones se definen como el único soporte estable del régimen, hasta la actualidad. Agrega el doctor Varas que “en la medida que la dirección de las acciones del Ejecutivo no depende

del estado de las relaciones castrenses, dada la total hegemonía de éste sobre el conjunto de las Fuerzas Armadas, su titular se convirtió en un factor estable del juego político nacional, adquiriendo cada vez más una capacidad de dirección sobre el conjunto de las materias bajo su competencia" (p. 32). Todas estas afirmaciones no están fundamentadas ni se agregan los antecedentes que permitieran contrastarlas. Esta tendencia se observa a lo largo de toda la obra. En este caso específico, las preguntas que se pueden plantear son: ¿por qué el tratamiento económico de 1975 permitió la consolidación del "mando institucional" (la dirección del Ejército y su alto mando)?; realmente, ¿es suficiente para explicar la permanencia de Pinochet como "factor estable del juego político" el que "la dirección de las acciones del Ejecutivo no depende del estado de las relaciones castrenses"? Estas interrogantes no están respondidas.

Otro aspecto analizado por Augusto Varas es el que denomina crisis ideológica de las Fuerzas Armadas. Estas —según el autor— habían desarrollado una doctrina que mostraba una "imagen trascendente" del militar, "sin referencia a intereses directos o indirectos de grupos o clases sociales", lo que permitía identificar las instituciones armadas "con el alma del Estado y los valores de la Defensa Nacional con los valores del conjunto de la sociedad" (p. 33). Esto iba a permitir la fundación de un nuevo orden, que se expresaría en una nueva cultura nacional. Sin embargo, continúa Varas, el proceso se limitó al traslado mecánico de formas castrenses de contenido o inspiración, y se manifestó en actividades publicitarias gubernamentales o en algunos campos como la educación. El fracaso en crear una nueva cultura se debió al enfrentamiento con dos complejos ideológicos extraordinariamente más fuertes: la ideología de mercado "que fundamentó y legitimó el 'modelo económico' y la ideología mercantil que inundó la sociedad chilena con subproductos culturales". Unido a la derrota ideológica, los miembros de las Fuerzas Armadas, en cuanto individuos, accedieron "a niveles de consumo superiores a la media histórica, por lo que esta ideología mercantil barrenó el arraigo social institucional de una doctrina que ya no tenía capacidad de fundar un nuevo orden" (todas las citas de las pp. 34 y 35). De lo anterior, concluye el autor, "se puede afirmar que su relativo fracaso (de las Fuerzas Armadas) como fundadoras de un nuevo orden social... apoyó y profundizó las tendencias corporativas" (p. 37).

En el capítulo tercero, el doctor Varas intenta un análisis de dos esfuerzos de legitimación institucional del régimen. En este punto aparece una aseveración no fundamentada: "no ha quedado suficientemente claro si el régimen militar está seriamente dispuesto a legitimar su ejercicio gubernamental", por cuanto ello "implicaría arriesgarse a

desaparecer" y además "su proyecto político no ha sido el constituir un orden institucional legítimo que se reproduzca a sí mismo, pues las condiciones políticas y económicas que ha enfrentado el régimen lo han llevado a proyectarse por encima de toda institucionalidad, evitando todo tipo de enmarcamiento político" (p. 50). También afirma que el "Ejecutivo-alto mando" no ha logrado generar un orden, en sentido estricto del término, y que los instrumentos de coerción no son ni leyes en el nombre, pues no alcanzan a obligar legítimamente y por lo tanto no son eficaces, concluyendo que el régimen militar y su forma de organización de la fuerza debe sufrir una metamorfosis real si aspira a mantener una mínima continuidad. El autor sostiene que a pesar de que el autoritarismo político chileno ha pretendido superar su ilegitimidad de origen y transformarla en legitimidad de ejercicio, ha fracasado en el empeño, debido a que "la conformación del campo de la lucha política proyectó el régimen militar hacia formas de dominación difícilmente legitimizables" (p. 52).

En este punto, y para explicar su afirmación anterior, el autor de "Los militares en el poder" recurre a dos conceptos, los cuales oscurecen el raciocinio, por cuanto no los define ni explica. Estos son los de bonapartismo y cesarismo.

Estos conceptos son usados *in extenso* al tratar de responder a la siguiente interrogante: ¿cómo puede explicarse la estabilidad del régimen y su capacidad para enfrentar una crisis como la económica iniciada en 1982? Augusto Varas indica que es necesario interrogarse sobre la naturaleza del régimen militar y el factor explicativo básico sería la *gran "autonomía relativa del Ejecutivo* que, constituido en alto mando de las Fuerzas Armadas, es capaz de adoptar cambios de rumbo sin alterar sustancialmente la distancia establecida con los restantes factores de poder" (p. 56). Dicha autonomía adopta tres formas distintas: "una inicial que hemos caracterizado como **bonapartismo** (1973-1980), la otra que hemos denominado **cesarismo** (1980-1983), y, finalmente, la última que es el intento de recomposición caudillista" (p. 56). Aquí el autor no explica los criterios de selección de dichos conceptos para denominar los períodos que distingue. Dichos términos son usados en sociología y en ciencia política, pero no existe consenso respecto de su contenido, por lo que es imperativa su definición. También la izquierda francesa utiliza en forma más o menos indiscriminada el término bonapartista. ¿Usa el autor los términos en el sentido que les da Ebenstein o sólo el de Rouquié, a quien cita?

Los capítulos IV y V se refieren al problema del gasto militar y a la importación y producción de armas, respectivamente. En ambos casos hay un aporte de datos y cifras que aclaran la tendencia del monto del gasto militar, el cual es históricamente más alto a partir de 1973, y las

ramas a los cuales se destina. Básicamente, las ramas que más aumentaron son Investigaciones, Carabineros y Ejército, en ese orden, lo que hace concluir al autor que el gasto se destinó mayormente a la represión interna, más que a la defensa frente a un eventual enemigo externo. Asimismo, de las cifras concluye el autor que el gasto estimado a partir de las fuentes públicas de información representa un 80% del gasto real (p. 91).

También se analiza la creciente producción de armamento, que en parte es exportado, para concluir finalmente que Chile sólo es un armador neto y que su incorporación al mercado es "sólo marginal, importando alta tecnología y construyendo material bélico de menor monta" (p. 130).

Es el capítulo VI se analizan las relaciones internacionales del gobierno militar, en especial con los Estados Unidos.

En los capítulos VII y VIII se presenta un análisis de la última fase del régimen militar, denominada caudillismo. Al respecto, afirma que, desde un punto de vista puramente militar, "el paso de una situación de segregación a una de preeminencia política limitada por el Ejecutivo, ha generado una crisis en la cual la **unidad profesional** (militar) de las Fuerzas Armadas podría ser cuestionada por la diversidad política (gubernamental) de sus altos mandos. Ante esta crisis... surge la tentativa **caudillista** como fórmula apta para nuclear una base institucional políticamente diversa". Ante esta situación, a Pinochet no le basta su capacidad de mando sobre las fuerzas de la coerción, sino que necesita una fórmula política que conjure la crisis, la que se intenta fundando una conducción caudillista que define a las FF.AA. como su principal eje de movilización social y articulación político-ideológica (p. 177).

A continuación se delinea una evolución histórica de las condiciones militares de la opción caudillista, la cual tampoco es definida. Este intento es valioso. Sin embargo, adolece de una falta de fundamento o de razones que avalen muchas de las afirmaciones que pretenden explicar las causas de los hechos o las interpretaciones de los mismos.

Finalmente, en los dos últimos capítulos se desarrolla lo que debiera ser una política de defensa para lograr la democracia a partir de tres elementos: la necesaria modernización castrense en el marco de los nuevos conceptos para la defensa del país; el papel político hipertrofiado de las FF.AA., en contraste con los reducidos instrumentos políticos de que disponen para actuar como elemento activo; y la falta de convicciones democráticas existentes hoy entre ellas (pp. 207-8-9). A partir de aquí se hacen algunas recomendaciones de políticas para la desmilitarización del Estado y la redefinición del papel y función militar en el marco de la nueva inserción internacional del país.

En el último capítulo el autor se extiende sobre las condiciones que, a su juicio, debieran darse para lograr una futura consolidación democrática.

En este punto hay muchas afirmaciones que suponen la aquiescencia de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, la manera como se lograrán esas condiciones queda en una especie de nebulosa de postulados normativos más que de realidades.

En general, la obra es un intento para explicar y dilucidar las causas de un proceso tan extraño en la historia chilena, como es la duración de un régimen militar y su liderazgo único y personalista por un período tan prolongado. Sin embargo, el intento se frustra en parte por la falta de sistematicidad en la exposición, tanto formal como de contenido. Por ejemplo, se menciona un primer elemento y faltan el segundo y tercero que se han insinuado, los cuales se mezclan sin mayor ilación. Así también, hay formulaciones sin una mayor base empírica, salvo en los capítulos sobre gastos militares y producción de armas. Igualmente, encontramos postulaciones que contienen más un deseo que un método para hacerlos realidad. Asimismo, hace falta la definición de los términos usados, lo cual no sólo es necesario para el especialista, sino también para aquellas personas que están interesadas en la situación nacional y, en especial, para los políticos profesionales, a quienes esta obra podría ayudar en su quehacer.

Finalmente, es necesario apuntar que existe cierta despreocupación en la edición, hecho que influye en la comprensión del trabajo analizado. En suma, una interesante esfuerzo, parcialmente frustrado.

Mercedes Aubá A.  
*Instituto de Ciencia Política*  
*Universidad Católica de Chile*